

RESEÑAS DE LIBROS

Richard Elphick y Rodney Davenport (eds.), *Christianity in South Africa, A Political, Social, and Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1997, 480 pp.

Los editores del libro —dos reconocidos estudiosos de la historia sudafricana— sostienen en el prefacio que su objetivo es poner en tela de juicio el presupuesto que dicta que la historia de Sudáfrica se reduce a dos pilares: las “consignas obsesivas” racistas y la voracidad económica (p. xiii). En este sentido, Richard Elphick y Rodney Davenport emprenden la tarea de demostrar la relevancia que han tenido las distintas iglesias cristianas en la historia política, social y cultural de ese país, desde los orígenes de la colonización holandesa, en 1652, hasta el declive de la era del *apartheid*.

En un excelente trabajo introductorio, Richard Elphick subraya, por un lado, el rápido crecimiento y el grado de penetración del cristianismo en la vida cotidiana de los sudafricanos en el siglo xx, y por otro la escasa atención que este fenómeno ha recibido en los estudios de historia, tomando en cuenta que, aunque más de 72 por ciento de la población sudafricana es cristiana y hasta la década de 1950 las iglesias y los misioneros prácticamente controlaban las escuelas para la población africana, hasta la publicación de este libro este fenómeno sólo había sido abordado en estudios muy especializados, sin repercusión en las grandes líneas de la historiografía sudafricana: en escritos teológicos, en historias de las misiones y en la historia de las instituciones caritativas, entre otros.

El recuento de la dinámica interna de la historia del cristianismo, en un país con un tejido social tan extraordinariamente complejo, no es una tarea fácil, y es en ese sentido que los editores reconocen ciertas limitantes. Son especialmente notables la ausencia de un análisis de las relaciones entre el cristianismo y el islam en el siglo xx (aunque en el capítulo 16, uno de los más pequeños, son estudiadas las relaciones entre cristianos y musulmanes en la zona urbana del Cabo entre finales del siglo xvii y mediados del siglo xix) y la falta de un estudio acerca del vínculo entre educación y cristianismo, sobre todo si se toman en cuenta dos aspectos fundamentales: la gran mayoría de los ideólogos tanto del movimiento anti-*apartheid* como del nacionalismo afrikáner más recalcitrante se formaron en instituciones educativas cristianas, en donde se desarrollaron en el siglo xx

distintas doctrinas cristianas opuestas entre sí, que fueron utilizadas como fundamento tanto del sistema de explotación racista como de la lucha en contra del mismo sistema.

Este voluminoso libro, que reúne los trabajos realizados por 29 especialistas con distintos antecedentes académicos (desde historiadores, antropólogos, teólogos hasta un profesor de arquitectura y un obispo), está dividido en cinco partes. Las dos primeras tienen como eje dos periodos históricos concretos, mientras que en las otras tres partes los artículos están organizados en torno a temas particulares.

En una perspectiva histórica que comprende a los colonos blancos y a los pueblos africanos, en los siete excelentes artículos de la primera parte ("The Transplanting of Christianity") —la más grande y la mejor lograda— se aborda la penetración del cristianismo en Sudafrica en el periodo que comprende desde el arribo de los primeros colonos blancos, en 1652, hasta la creación de la Unión Sudafricana, en 1910. En los primeros años de la colonización, el cristianismo estuvo identificado con la Iglesia holandesa reformada (Dutch Reformed Church), estrechamente unida a la administración de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, y tuvo un papel decisivo en el desarrollo cultural y social de la población blanca, sobre todo en la formación de una identidad distintiva de la sociedad blanca, cimentada en una tesis religiosa que afirmaba su superioridad como obra divina.

En el terreno religioso, la conquista británica —a principios del siglo XIX— introdujo la pluralidad en las doctrinas cristianas, con la llegada de misioneros procedentes de distintos países, en especial de Gran Bretaña, Alemania, Francia y Suiza. Por las características de la colonización a partir de la llegada de los británicos, en los artículos se estudia la dinámica específica del cristianismo en los cuatro territorios, diferenciados entre sí por distintos aspectos, en especial por la religión, la lengua y la cultura dominantes: por un lado las repúblicas afrikáners —el Estado Libre de Orange y Transvaal— y por otro las colonias británicas —El Cabo y Natal. En distintos capítulos se estudia el proceso lento y por lo general complejo de difusión del cristianismo en algunas comunidades africanas (khoikhoi, xhosa, zulú, swazi, sotho y tswana).

Sobresalen los trabajos históricos desarrollados por Jonathan N. Gerstner (capítulo 1), quien aborda la complejidad de la Iglesia Holandesa Reformada en el periodo holandés; Elizabeth Elbourne y Robert Ross (capítulo 2) que escriben sobre los primeros esfuerzos del trabajo misionero desarrollado por las iglesias cristianas británicas en la zona del Cabo —lo que permitió la penetración del cristianismo en comunidades africanas, fenómeno que más tarde se extendió a

los otros territorios dominados por población blanca— y por Rodney Davenport, quien narra y documenta la historia de las iglesias cristianas de los inmigrantes blancos en el siglo XIX.

La segunda parte (“The Churches of Modern South Africa”) está formada por seis artículos, en los cuales se plantea la historia de las distintas iglesias cristianas en Sudáfrica —Católica romana, anglicana, reformada, luterana, pentecostal, presbiteriana, metodista— a partir de 1910, cuando las dos antiguas colonias inglesas y las dos ex repúblicas afrikáners fueron reunidas en una sola unidad colonial del Imperio británico, lo que permitió una relativa unificación de la historia religiosa en Sudáfrica, sobre todo en relación con el vínculo entre las distintas iglesias y la posición política de sus feligreses.

Uno de los aspectos más importantes de ese periodo —documentado en los capítulos 9, 10 y 11— fue el hecho de que la población negra se convirtió en el grupo mayoritario en casi todas esas iglesias.

En el siglo XX tanto la Iglesia católica romana como las iglesias afrikáners reformadas se involucraron de manera creciente en obras de trabajo social (en especial escuelas y hospitales) pero entre diferentes grupos de población, lo que permitía apreciar su identificación con un sector esencial en la escena política local: los católicos con población africana y las iglesias reformadas con los afrikáners.

Por su parte, los líderes de las iglesias angloparlantes concentraban sus esfuerzos en otros temas, en especial la unidad de los cristianos y la justicia social, dando nacimiento a organizaciones que tuvieron un papel relevante en la lucha anti-*apartheid* (como el Christian Institute). En ese escenario, los luteranos y las iglesias pentecostales tuvieron un desempeño marginal en la lucha política y social, interesados en difundir una forma particular de cristianismo. En el contexto del *apartheid*, aunque en esas iglesias la gran mayoría de los feligreses eran africanos, los puestos de mando eran ocupados por blancos. Hennie Pretorius y Lizo Jafta (capítulo 12) estudian la contribución local al cristianismo en Sudáfrica, con el surgimiento de las iglesias cristianas independientes, nacidas a partir del contacto religioso entre África y Occidente.

En la tercera parte (“Christianity in South African Subcultures”), con cinco artículos, se aborda el cristianismo en contextos específicos (englobados bajo el título de “subculturas sudafricanas”), definidas a partir de criterios de género o de raza y ante el impacto de los cambios, definidos por algunos autores como modernidad y para los marxistas como capitalismo industrial. Tshidiso Maloka (capítulo 14) expone como, debido a la naturaleza del sistema racista, los *compounds* de las minas de oro estaban habitados de manera predominante por varones africanos solos, que en los fines de semana buscaban

alcohol y mujeres. Aunque en ese contexto el cristianismo era débil, cuando los mineros aceptaban el cristianismo lo hacían a través de expresiones propias como los coros, las escuelas y los grupos de voluntarios, formados de manera exclusiva por hombres.

Deborah Gaitskell (capítulo 15) estudia uno de los rasgos relevantes de las subculturas urbanas: la formación de grupos organizados de mujeres en las iglesias, como las famosas *manyano* (uniones femeninas de oración) y la Unión de Madres, organizaciones que reforzaban las tendencias conservadoras de las culturas africanas y del cristianismo, fomentando valores como la maternidad, la vida familiar, la virginidad antes del matrimonio y la abnegación.

Robert C.-H. Shell (capítulo 16) analiza las relaciones entre cristianos y musulmanes en la zona urbana del Cabo occidental, con especial énfasis en la conversión de los esclavos al cristianismo. Milton Shain (capítulo 17) y Gerald J. Pillay (capítulo 18) hacen una revisión somera de dos subculturas: las relaciones entre cristianos y judíos y el cristianismo entre la población sudafricana de origen indio.

En los tres artículos de la cuarta parte ("Christianity and the Creative Arts") —la más pequeña—, a partir de la literatura, la música y la arquitectura, se exploran los caminos de secularización y translación lingüística y cultural del cristianismo en Sudáfrica. En el terreno de la literatura, Jeff Opland (capítulo 19) plantea cómo los escritores en lengua inglesa tenían libre acceso a la prensa laica y religiosa y estaban respaldados por una larga tradición literaria. En cambio, los escritores tanto en lengua afrikaans como en lenguas africanas tenían que crear una nueva tradición literaria. Los escritores en afrikaans tenían que liberar a su lengua de la imagen de ser un lenguaje de analfabetas. Los escritores en lenguas africanas tenían que enfrentar a las casas editoriales, manejadas por blancos que en la mayoría de los casos no simpatizaban o incluso rechazaban la cultura africana. En ese contexto, Opland argumenta que la traducción de la Biblia a las distintas lenguas desempeñó un papel relevante en el desarrollo de nuevas tradiciones literarias.

Barry Smith (capítulo 20) estudia la música en el cristianismo, considerando como punto de partida la evolución de la música cristiana en la tradición occidental en Sudáfrica. En ese mismo artículo, David Dargie, tomando como ejemplo la música xhosa, sostiene que las comunidades cristianas africanas desarrollaron su propia tradición musical, al combinar elementos tanto occidentales como africanos.

La última parte ("Christianity, Power and RACE"), que comprende cuatro artículos, está enfocada al estudio de la compleja dinámica entre cristianismo y política en la Sudáfrica del siglo XX. Aunque a lo largo de todas las partes que comprende el libro el tema de la rela-

ción entre política y religión está presente, en esta quinta parte el análisis de esa relación es la preocupación central. Son planteados tres momentos históricos distintos, en los cuales se puso en tela de juicio la política racista del régimen.

El primer momento fue a principios del siglo xx, con las demandas de nacionalistas africanos de la clase media, quienes pedían el derecho de ser súbditos británicos.

El segundo momento (capítulo 23) tuvo lugar en las décadas de 1920 y 1930, cuando las demandas moderadas de un movimiento conocido como cristianismo social, protagonizado tanto por blancos como por africanos, pugnó a favor de esquemas de acomodamiento interracial. Uno de los aspectos interesantes que se plantea en ese capítulo afirma que en el siglo xix la London Missionary Society se involucró de manera activa en un proyecto social, con la construcción de escuelas, hospitales, establecimientos agrícolas en Sudáfrica. Tomando como base ese cristianismo social, misioneros estadounidenses denominaron al colonialismo británico como un “imperio benevolente”.

Por último, en el contexto de la lucha en contra del *apartheid*, surgieron demandas radicales de liberación, expresadas por activistas (tanto africanos como blancos) y por teólogos. Entre la población africana, desde el inicio del siglo xx, empezó a surgir una nueva cultura política, en torno a una sociedad justa y no racista, que se nutrió de diferentes influencias ideológicas, entre otras los valores comunales y la igualdad, propios de la cultura bantú, los elementos no racistas de la tradición política en la antigua colonia británica del Cabo, el marxismo y los valores cristianos, estos últimos especialmente presentes en algunos de los líderes del principal movimiento opositor al *apartheid*, el Congreso Nacional Africano (ANC). En la década de 1980, cristianos contrarios al sistema racista protagonizaron nuevas expresiones de protesta, entre otras a través de las llamadas campañas ecuménicas en contra del *apartheid*, en cuyo contexto se acrecentó la relevancia política de líderes religiosos, como Tutu y Nude (capítulo 25).

En el libro aparecen interesantes fotografías, algunas con un gran valor histórico (de lugares y personas) que ilustran la temática abordada, al igual que dos mapas del siglo xix: uno de la región sur de África y el segundo de las estaciones misioneras en Sudáfrica.

HILDA VARELA
El Colegio de México

Max Liniger-Goumaz, *Guinée Équatoriale. 30 ans d'État délinquant nguemiste*. París y Montreal, L'Harmattan, 1998, 198 pp., y un mapa.

De acuerdo con su autor, el objetivo de este libro es servir de memoria sobre las atrocidades cometidas en Guinea Ecuatorial, el único país de habla hispana en África occidental, en un periodo de 30 años, por el nguemismo, neologismo que designa a la dictadura encabezada por dos miembros de la familia Nguema, con los sucesivos regímenes de Francisco Macías Nguema y de su sobrino Teodoro Obiang Nguema. El autor sostiene que el silencio casi absoluto en torno a la terrible situación impuesta por la dictadura nguemista comenzó en los años setenta, primero auspiciada por el complejo de culpabilidad de España —por una descolonización inacabada—, después por Francia —que incorporó a Guinea Ecuatorial en la zona del franco francés— y más tarde por las compañías privadas, principalmente estadounidenses, que iniciaron la explotación petrolera en la costa de ese país.

El libro comprende una breve introducción y tres capítulos, además de 14 anexos. Aunque indudablemente fue escrito por un estudioso de Guinea Ecuatorial, la manera en la que se exponen los temas puede crear confusión, debido al enfoque utilizado, que el autor define como sintético. Los párrafos excesivamente largos y un notable desorden en la narración de los acontecimientos, en la cita de nombres de personas y organizaciones y el salto de un acontecimiento a otro, sin una estructura argumentativa, son algunos de los factores que hacen difícil la lectura del libro. Este problema se acentúa si se toma en cuenta que, como denuncia el autor, la gran mayoría de la gente ignora lo que sucede en ese país. Además, el enfoque —por lo general sin referencias bibliográficas en los dos primeros capítulos¹—, aunado al uso continuo de neologismos, juicios de valor y adjetivos calificativos, debilita la seriedad de la investigación.²

¹ Inicia el segundo capítulo remitiendo al lector a los numerosos trabajos publicados por el autor en torno a dicho país. En ese mismo capítulo, cita nombres de revistas muy conocidas como *Africa*, *Jeune Afrique*, *Marchés Tropicaux*, *Africa Research Bulletin* pero salvo el caso de una entrevista hecha a Obiang Nguema, publicada en *El País* (p. 57), no proporciona la fuente exacta (autor, nombre del artículo, fecha de publicación). Sólo en el tercer capítulo se hace referencia a las fuentes.

² Por ejemplo, en la página 42, sin citar su fuente, el autor sostiene que en 1980, cuando Teodoro Obiang Nguema estaba en Gabón: "En una noche de orgía, el dictador firma documentos que comprometen la soberanía de ciertas partes del territorio nacional y sus recursos".

En los tres capítulos se hace un recuento de hechos muy similares y en ocasiones incluso se repite el relato de los mismos acontecimientos. En el primer capítulo,³ el más desarticulado, el rasgo que puede considerarse que lo distingue de los otros dos es la presentación de un “inventario” de la historia de Guinea Ecuatorial, según el autor, con el fin de explicar los antecedentes que determinaron la situación en la que se encontraba ese país en el momento en que dio inicio la búsqueda y explotación de petróleo por parte de compañías extranjeras, en los años noventa. En el primer apartado del primer capítulo, dividido en dos, se abordan desde las rivalidades entre España, Francia, Gran Bretaña y Alemania por la posesión de la zona, a finales del siglo XIX y principios del XX, y la llegada de los primeros misioneros —especialmente aquellos procedentes de Estados Unidos—, hasta llegar de manera abrupta a la situación de la primera dictadura nguemista en el contexto de la guerra fría. En la segunda parte de ese capítulo, el autor expone algunos acontecimientos relevantes que permiten apreciar la erosión de la política y de la economía durante la segunda dictadura nguemista, a partir del golpe de Estado de 1979: las relaciones del régimen con las potencias externas y la cooperación internacional, la intensificación de la represión oficial en el contexto de los fraudes en las elecciones municipales (1995) y presidenciales (1996) y la denuncia de lavado de dinero procedente del narcotráfico.

El segundo capítulo, el más largo y el mejor logrado —a pesar de que en ocasiones parece ser la reseña de informaciones periodísticas— está dividido en siete apartados y puede considerarse un rasgo distintivo, la exposición de las características más aberrantes de la segunda dictadura, empezando por los orígenes familiares y políticos y por la personalidad de Teodoro Obiang Nguema y pasando por las complejas relaciones de complicidad, enmascaradas en un doble lenguaje, con algunos países clave para Guinea Ecuatorial (los vecinos Gabón y Nigeria y sobre todo España, Estados Unidos y Francia). En este aspecto el autor destaca la posición firme mantenida por Amnistía Internacional, con la denuncia continua de la violación de los derechos humanos en ese país africano.

Sólo en la segunda parte de este capítulo el autor empieza a diferenciar a los dos dictadores por su nombre propio, pero sin especificar los apellidos, lo que puede crear confusión en el lector poco familiarizado con la historia reciente de ese país. El autor destaca el

³ El título del capítulo permite apreciar el desorden en la argumentación: “Diecinueve años de la segunda dictadura nguemista (1979-1998). Francia contra España-USA contra Europa”, p. 15.

contexto conformado tanto por el ámbito familiar como por la cooperación internacional (incluidas las guardias pretorianas) en el que se han insertado las dos dictaduras, para subrayar la especificidad del nguemismo, su fuerte dependencia de sus socios internacionales, y la relevancia del golpe de Estado de 1979 y el juicio y posterior ejecución del primer dictador (Francisco Macías Nguema, quien era apoyado por Cuba), a manos de su propio sobrino y casi hijo, Teodoro Obiang Nguema (respaldado por tropas gabonesas durante el golpe y más tarde por marroquíes a sueldo).

El autor se concentra, a veces en forma excesiva, en la reseña de las atrocidades cometidas por el dictador y su entorno más cercano, sobre todo su familia (represión, tortura, fraudes electorales, tráfico de drogas, malversación de fondos públicos, escándalos matrimoniales), en la acentuación de las debilidades de su extraña personalidad (probablemente psicópata, como sostiene el autor) y en su origen gabonés. Aunque el autor expone aspectos determinantes para comprender la historia reciente de ese país, con las incoherencias de la farsa de la democratización, iniciada en 1989 con la apertura formal de la escena política al multipartidismo, el falso combate a la corrupción y la adopción enunciativa del capitalismo, de los principios democráticos occidentales y de una pretendida “civilización bantú” (p. 63), sin que exista un programa político y económico, el autor no intenta articular esos aspectos en un análisis histórico, que permita apreciar los complejos procesos (en constante movimiento) de acomodamiento de la elite local con el nguemismo y las relaciones de explotación hacia los sectores más empobrecidos de los distintos grupos étnicos de Guinea Ecuatorial, lo que permitiría comprender las profundas consecuencias del nguemismo en la sociedad local.

En algunos párrafos, el autor menciona algunos incidentes ocurridos en ese país, que la prensa internacional ha manipulado como expresiones del pretendido “barbarismo” inherente a la condición africana —en especial los enfrentamientos étnicos en baja escala, los rumores de crímenes rituales y la práctica de la brujería para perpetuarse en el poder— pero sin un análisis que permita diferenciar la realidad de los mitos y sin aportar argumentos que permitan al lector elaborar una explicación para tales hechos.

En el tercer y último capítulo, dividido en tres apartados, Max Lmiger-Goumaz recurre a acontecimientos ya mencionados y sucedidos por lo general en la década de 1990, pero como el propio autor afirma, “da la palabra” a Bubi Djongele Bokokó Boko (p. 98), crítico en el exilio del nguemismo y originario de Guinea Ecuatorial. A partir de las palabras de Bokokó Boko, el autor aborda las grandes fallas de la oposición —su desunión y la falta de una conciencia nacional—,

los efectos negativos provocados en la sociedad por 30 años de dictadura y la necesidad de generar un cambio democrático por la vía electoral, afirmando que un golpe de Estado sólo serviría para agravar la situación de opresión para la gran mayoría de la población. Max Liniger-Goumaz señala que el principal obstáculo interno para dicho cambio no es tanto la dictadura en sí misma, sino la persistencia de profundas divisiones en la sociedad local.

En los numerosos —aunque breves— anexos se reproducen distintos documentos (informes de observadores, resoluciones) producidos por distintas instancias (Amnistía Internacional, el Departamento de Estado de Estados Unidos y la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, entre otros) en los que se denuncia la continua violación de los derechos humanos en ese pequeño país. El último de los anexos es una lista de artículos publicados en 42 fuentes internacionales de información en torno a Guinea Ecuatorial, en el periodo 1996-1998.

HILDA VARELA
El Colegio de México

The Country of Memory: Remaking the Past in Late Socialist Vietnam (2001), Hue-Tam Ho Tai (comp.), Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press.

El libro *The Country of Memory: Remaking the Past in Late Socialist Vietnam*, compilado por el historiador de Harvard Hue-Tam Ho Tai, reúne, además de un artículo del propio compilador, una serie de ensayos escritos por un grupo de jóvenes especialistas en Vietnam, quienes han empezado a destacar recientemente. Todos ellos llevaron a cabo investigaciones en Vietnam después del periodo de “apertura”, que tuvo lugar a fines de la década de 1980. A pesar de que existe una vasta literatura sobre la revolución vietnamita y las guerras con Francia y Estados Unidos relacionadas con ella, los presentes ensayos tratan el tema de una manera nueva y fascinante, al abordar la cuestión de la elaboración de la memoria de los años de la guerra y la posguerra, labor que se inició a partir del fin de la guerra, en 1975. De este modo, el libro, más que abordar la guerra en sí, trata sobre las transformaciones sociales y culturales que han tenido lugar en los años posteriores a ésta, sobre las personas que se vieron afectadas por la guerra y sobre quienes han dado cuerpo a la na-

rrativa histórica sobre los años de guerra, narrativa que se encuentra en evolución.

Se puede afirmar que, en parte, el libro trata de la hegemonía de la memoria nacional, esto es, del proceso mediante el cual el Estado elige los aspectos que deben recordarse y los que deben ser olvidados. Pero en un nivel más profundo, se refiere a la interacción de las fuerzas sociales y culturales que entran en juego durante el proceso de creación de una memoria colectiva de los años de la guerra. De este modo, la obra toca el tema de las inscripciones públicas de los recuerdos, las cuales aparecen plasmadas esencialmente en biografías, en museos, en sepulcros, en el arte y en el cine, pero también en anuncios espectaculares y en folletos turísticos. En un nivel más personal, tales manifestaciones son perceptibles en el tributo oficial rendido a los miembros de las familias de los caídos en la lucha.

El primer ensayo aborda fundamentalmente la narrativa oficial acerca de la revolución. Estudio, de Peter Zinoman, se centra en lo que se recuerda y lo que se olvida en las memorias de prisión de los héroes revolucionarios. Dos de los artículos más importantes se refieren a la conmemoración de los caídos en la guerra: el de Shaun Kingsley Malarney acerca de la forma intrincada en que se rinde tributo a los familiares de los muertos en la guerra y el de Christoph Giebel sobre los múltiples significados, tanto políticos como espirituales, de un museo/mausoleo consagrado al héroe revolucionario Zon Duc Thang.

En última instancia, estos relatos de la guerra atañen al relato de la nación misma. El fascinante artículo de Nora Taylor sobre el arte vietnamita describe la transición que experimenta la definición de la cultura nacional a fines del siglo XX. Partiendo de una tradición que glorifica la guerra a la manera del realismo socialista, se desemboca en otra, de principios de la década de 1990, que inicialmente expresa su nacionalismo mediante un realismo crudo y, posteriormente, a través del uso de imágenes de la cultura aldeana dentro del esquema de las convenciones artísticas modernas.

El artículo de Hue-Tam Ho Tai está dedicado a la imagen icográfica de la mujer. Durante los años de guerra predomina el concepto de la lealtad y la firmeza de las viudas, y en particular de las madres, frente a la ausencia de los hombres, que participaban en la lucha como soldados. Tal concepto contrasta con la imagen de la mujer de la posguerra, considerada como un ser débil e interesado en el consumo, imagen que se relaciona con la cultura de Vietnam del Sur. Dichas referencias de género aún coexisten frente a frente: la imagen de la mujer más positiva y en ocasiones heroica que se encuentra en los museos dedicados a las mujeres y, con el surgimiento de la cultu-

ra de la clase media, la mujer que se asocia con el consumismo y con la moda.

El último ensayo, de Mark Philip Bradley, aborda temas de los artículos anteriores al analizar algunas películas imaginativas de cineastas vietnamitas concernientes a la guerra y sus secuelas: una película sobre las disputas de una familia acerca de cómo traer los restos de un soldado muerto en el sur, otra sobre el amor obsesivo que una joven de diecisiete años siente por un soldado que no conoce, otra película acerca de una mujer que esconde a su familia la muerte de su esposo y una más acerca de una prostituta que salva la vida a un soldado del norte, quien, una vez finalizada la guerra, la desprecia. Asimismo, el autor analiza algunas películas que establecen un contraste satírico entre los valores idealistas de los años de lucha y el cinismo de la cultura contemporánea. Al igual que en los otros artículos del libro, en este ensayo es posible apreciar la compleja mezcla de la ideología política y la cultura tradicional, la tendencia a la conmemoración en conflicto con la tendencia al olvido. En términos generales, los ensayos de esta obra destacan eficazmente la profunda complejidad de la respuesta cultural vietnamita a los años de la guerra.

JOHN MARSTON

El Colegio de México

Traducción del inglés: Gabriela Uranga